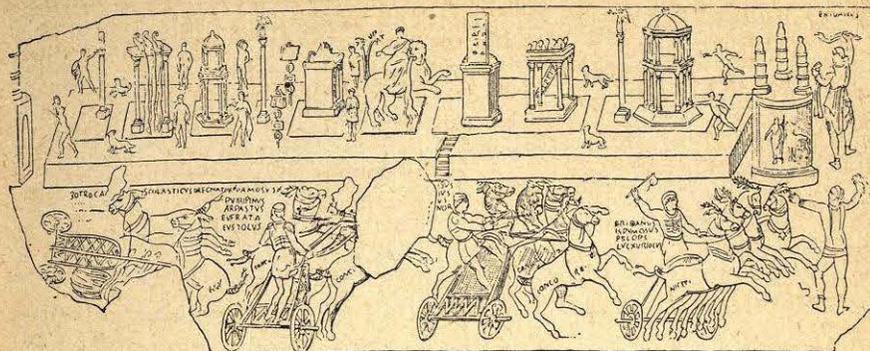
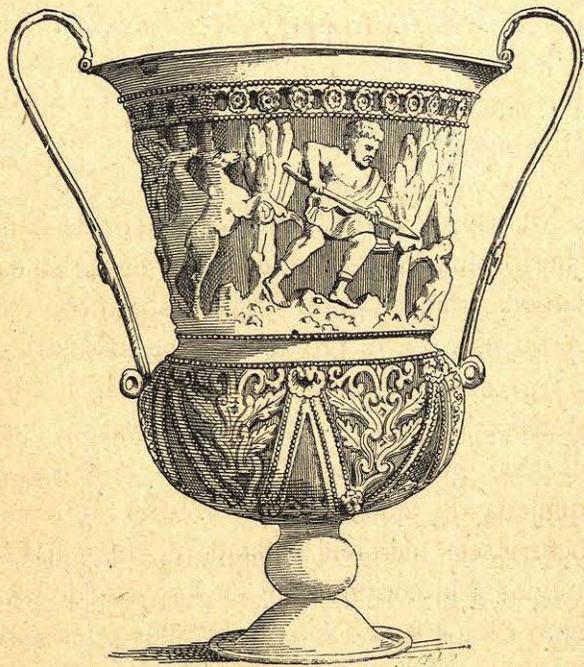


derable ambición del desapoderado joven. Celebrarán el matrimonio, y tras el matrimonio adoptará Silio al heredero de Claudio, á Británico, y tras esta consiguiente adopción se declararán césares y subirán al trono del mundo. El escandaloso matrimonio debe costarle á la cuitada su vida.



Juegos del Circo, según un mosaico de Barcelona

## CAPÍTULO IV

### DESAPODERADAS NUPCIAS

Mientras Narciso ideaba el modo y manera de ir delatando á Claudio, sin herirle mucho, por natural cuidado de su salud, la escandalosísima boda tramada por su mujer, dábase con toda su alma y todo su cuerpo ésta, en el propio Palatino, á los desvaríos del amor sensual y grosero, exacerbados hasta demencias, no ya imposibles de contar por lenguas y plumas contenidas en ciertos respetos debidos al pudor general, imposibles de imaginar ni por la fantasía más aquejada de alucinaciones eróticas. Pero con esto de las nupcias ocurriósele increíble bellaquería. Deseando aumentar goces, disminuídos á la continua por el desgaste de las fuerzas y el embotamiento de los sentidos, connaturales á los desórdenes y á los excesos, había resuelto en sus desvaríos trocarse con Silio, de amantes hartos por una larga posesión mutua, en platónicos novios virginales, ajenos á tálamos diferentes del que les aparejaban sus mutuos amores legítimos y les ungián de consuno la religión y las leyes. Así, mirábanse con ojos pudorosísimos, decláanse dulzuras innumerables, arrullábanse uno á otro en sendos dichos de amor, cual esos castos enamorados tortolillos á quienes la tradición atribuye fidelidades cuya virtud podría servir de ejemplo á nuestra superior especie. Jamás el ojo avizor de una familia celó á dos novios jóvenes é inexpertos, destinados al establecimiento de un

hogar honradísimo y á las generaciones de una prole numerosa, como los deseos de gozar más y más en los aparatos de fingidas nupcias contuvieron á los locos amantes, imponiéndoles abstinencias y privaciones demostrativas de su exaltada locura. Sin embargo, no se movían á los mismos impulsos. Bastaba verlos para diferenciarlos y distinguirlos. Aunque los moldes casi litúrgicos donde troquelaba sus medallas el mundo antiguo presta ciertos tipos á los hombres y mujeres del todo esculturales y armoniosos, en Mesalina predominaba por estos días la gordura proveniente del hartazgo, que hubiera frizado en hastío de permitirlo su sensualidad, mientras en Silio predominaban la inquietud y la neurosis provenientes de aquel su natural ambicioso, que corría múltiples aventuras, en las cuales tras cada beso de amor se ocultaba un beso de muerte, por arribar al trono del mundo, cuyos lejos entreveía y columbraba en forma de Olimpo, destinado á entroncarle con los césares, únicos verdaderos dioses. Así, había ido Silio, el más bello mozo de la Ciudad Eterna, con todas sus prestancias juveniles y todas sus ardientes pasiones henchidas de amorosas promesas, á los brazos de la emperatriz, para que se hartaran, si podían hartarse alguna vez, los insaciables apetitos suyos, ofreciéndole con cruel indiferencia en holocausto la propia mujer inmolada por su mano á la poderosa rival; pero habiendo querido, no goces procurados por él á Mesalina y por él no con Mesalina compartidos, logro de ambiciones mil veces soñadas y sólo asequibles por obra de una casualidad, como la increíble de aquel amor, verdaderamente atroz, y por merced y capricho de aquella mujer en quien el mejor puesto de la tierra no había contrastado, ninfómana, y de consiguiente prostituta por naturaleza, los irremediables instintos de su nativa prostitución. Si Mesalina requería de Silio la satisfacción de sus sentidos, Silio requería de Mesalina la satisfacción de sus ambiciones. El había llevado al acervo común de aquellos amores su persona, y á cambio pedía que llevase la emperatriz su diadema. Por esta razón el sello imperial pasó de las manos del distraído Claudio á las manos de su esposa la emperatriz, y de las manos de su esposa la emperatriz á las manos del adúltero Silio. Mil veces, tras el agotamiento de sus fuerzas, habíase puesto á soñar con el ejercicio de mandos supremos y con la satisfacción, de ambiciones desapo-

deradas, en sus insomnios continuos y en sus delirios febriles, sin comprender cómo estos cargos altísimos de una superior actividad piden concentración de fuerzas vedadas por ley natural á cuantos las malgastan y disipan en voraces asesinos vicios. Cuando tal idea



Mesalina (busto del capitolio)

le asaltaba con persistencia, poníase vestiduras fastuosas que le había llevado Mesalina, separadas de los vestuarios imperiales, arrancadas á los hombros de Claudio mismo, para que la ilusión tomase mayores visos de verosimilitud en la misma verdad. Pero á Silio podía decirsele, con tal ocasión y motivo, aquello que de París dijera Ovidio: «A los fuertes, las guerras; á ti, hermoso mancebo, el amor.» La hermosura de Silio no tuvo igual en Roma.

Parecía el Apolo tallado por los cinceles griegos en mármol péntico, pero de carne y hueso, moviéndose al impulso de roja sangre y de animación exaltadísima. Su piel rosada y fina, su cabellera luciente, sus labios entreabiertos, algo tenían, por la delicadeza y por la gracia, del tipo femenino; pero su delgadez nerviosísima, su amplia cabeza, la cerviz de toro, la garganta con su nuez saliente, los vellos de su pecho, el brazo nervudo, el ojo relampagueante, la fuerza y el vigor, hacíanle un verdadero atleta de virilidad incomparable. Pero ¡ah! efecto de todas estas condiciones, hallábanse los pies de aquel hombre, semejante á efebo helénico en su gracia, y á gladiador tracio en su fuerza, enredados con las raíces del mundo animal, á cuyas últimas gradas lo empujó aquella degradación de alma y de cuerpo en que lo hundiera, no me atrevo á decir el amor, el vicio de su querida. Sí; hay en los empeños de la guerra y de la política penas congénitas con todo esfuerzo y trabajo; pero á cambio de tantas dificultades, hállanse, así en una como en otra, piedras de toque donde acerar el temperamento, prestándole, para dirigirlo contra los males del Universo, un filo y un corte verdaderos. En el manchado lecho, en la desordenada vigilia, en los placeres eróticos, en las noches orgiásticas, piérdese, con la conciencia, la voluntad. No solamente se desacostumbra la vista interior de aquello que más necesita, de la distinción entre lo bueno y lo malo; se atrofia la voluntad, imposibilitándose para el aborrecimiento de éste y para el amor de aquél. Dirigir, ordenar, imperar, esto es como combatir: una ocupación, un ministerio, si queréis un oficio, en el cual necesitanse fuerzas morales de primer orden inasequibles al cuitado embebido en los excesos y desórdenes del tálamo. Silio podía vestirse de César como cualquier histrión en el teatro; mas para granjearse tal puesto, necesitaba que le abriera el camino la fuerza moral recabada en saludables castidades del alma y del cuerpo, no el encanijamiento de alma y cuerpo que le aparejaron los excesos del vino y del amor. Esclavo de aquella mujer, solamente en el desvarío engendrado por sus propios vicios podía encontrar alucinaciones capaces de alzarlo desde tales abismos de inmundicias y podredumbres á los ensueños con el supremo poder y con la suprema fortuna.

Eran los momentos anteriores á la increíble boda. Mesalina y

Silio miraban desde una ventana del Palatino aquella Roma nunca bastante admirada y querida: el foro al pie, á la derecha el comienzo de la vía sacra ó triunfal, á la izquierda el sublime Capitolio concluído por las majestuosas líneas del templo donde adoraban los romanos al Júpiter Capitolino. Aquella vista sublime no divertía el ánimo de la emperatriz del amor y sus goces, mientras volvía nuevamente á despertar en el ánimo de Silio las propensiones al poder propias de su naturaleza y de su sexo. Pero estas aprensiones múltiples no iban exentas de múltiples cuidados. En Roma reinaba el terror desde las guerras civiles, agravado por los horrores inenarrables, dimanados de las feroces almas, ya de Tiberio, ya de Calígula. Y por todas partes esparcidos reinaba, desde que murieron allí la República y la libertad, el más envilecedor de todos los afectos, reinaba el miedo. Los césares habíanse desposado con la muerte. Llevábanla maniatada junto á sí para soltarla contra cualquiera que les hiciese sombra ó les infundiera un miedo análogo al que difundían ellos. Silio sabía perfectamente que, no logrando el Imperio, había de topar con la muerte. Amó á Mesalina por temor de que lo matara, como había hecho matar á un cuitado que se le resistiera. Pero ya en brazos de Mesalina, temía que, al saber Claudio aquel adulterio, no de una sola noche, de por vida, se irritase contra su émulo y lo matara. Por eso los amores en tal ocasión tienen tanto de trágicos. El tálamo nupcial parece un mortuorio túmulo. Huele á siempreviva la corona de azafrán. Los velos nupciales confúndense con los luctuosos sudarios. El coro epitalámico llora como cualquier plañidera elegía. Sobre todos los vicios y todos los placeres tiende sus dos alas de murciélago la descarnada muerte. Silio veía esto y no encontraba contra ello ningún otro refugio sino un Imperio seguro y omnipotente para él, cuyo poder lo preservara del desquite de su emperador, quien lo mandaría matar en cuanto llegase á saber cómo lo había sustituido en su matrimonio, y cómo, á consecuencia de haberlo sustituido en su matrimonio, podía también sustituirlo en su trono. Así, mientras Mesalina importunaba con sus ruegos á Silio para que acelerase la boda, Silio importunaba con sus ruegos á Mesalina para que acelerase algo más granado, el Imperio.

— Mesalina — decíale su amante, — no habrá paz para nosotros

mientras no hayamos puesto bajo el solio de los césares el trono de nuestros amores.

— Ten, Silio, un poco de paciencia, que todo se andará.

— Te veo poco resuelta.

— ¿Poco resuelta cuando me caso públicamente contigo?

— ¿Y qué?

— Que tal ceremonia no significa pura y simplemente un capricho mío; significa la solemne promesa de llevarte desde mi tálamo á mi trono, empujando hacia el infierno, para que deje tu lugar vacío, al imbécil perezoso Claudio.

— No desearía otra cosa yo; pero veo que mucho te desvelas para que sea tu marido, poco para que sea tu coemperador.

— Ya lo serás.

— Advierto señales de nupcias que me placen; pero no señales de mando que me placieran también.

— Espera.

— No te olvides, Mesalina, de que puede un mensajero cualquiera personarse pronto en Ostia y volverse con una sentencia de muerte contra los dos.

— No seas caviloso.

— Veo á Narciso ahora omnipotente.

— Ya le segaremos la hierba pronto bajo los pies.

— Ningún indicio descubro de tal resolución.

— ¿Cómo que no lo descubres?

— Podrás tenerlo, mas no lo pones por obra.

— Recuerda, querido Silio mío, todos aquellos que han pagado su enemistad hacia mí con la cabeza.

— Pienso en ellos y los recuerdo.

— Acuérdate de cómo hice matar al buen Asiático, tan sólo porque codiciaba los jardines de Lúculo en competencia conmigo, perdida por ellos.

— Mesalina, me acuerdo.

— Acuérdate de que obligué á una rival mía, sin compasión, á quitarse la vida en aquella cárcel misma donde yo la reclu- yera.

— También me acuerdo ahora de tal caso.

— Y mi rival gozaba suma influencia. Y Asiático era un hom-

bre de pro; como que la serenidad mostrada por él ante la muerte ha pasado á los refranes y proverbios.

— Con razón, pues no se me olvidará nunca jamás que, habiendo querido ver la leña destinada por sus verdugos á consumir su cuerpo, hizo retirarla del sitio prefijado á la cremación porque podía con facilidad ahumar unos vecinos árboles.

— No digo nada de los dos Petras inmolados también á una señal mía.

— Mas imputándoles haber visto en sueños á Claudio con una guirnalda de pámpanos marchitos, lo cual se interpretó como anuncio de que moriría el cuitado al ingreso del otoño.

— Justo.

— No veo que procedas con igual empeño respecto de Narciso, quien te detesta hoy como no detestó á ninguna otra persona nunca jamás.

— Pero teme Narciso mucho el ascendiente mío sobre su amo, y no se atreverá de ningún modo á lanzarlo contra mí, temeroso de perder en tal combate la cabeza.

— No te fies, Mesalina.

— ¿Pues no ha visto cómo he ido en procesión á tu casa? ¿No sabe que sobre tu mesa brillan las insignias imperiales? ¿No conoce la historia del sello cesáreo arrancado á Claudio y puesto por mí en tus manos? ¿No me ha encontrado cien veces por las vías de Roma contigo á mi lado cual pueda estar Júpiter en el Olimpo junto á Juno? Tras tanto tiempo de callarse no le creo capaz de hablar ahora. El silencio que ha guardado hasta hoy, lo guardará de hoy en adelante.

— No te fies.

— Quiere mucho á Claudio, y le hago la justicia de creer que no me acusa, por valer más en él su amistad al emperador que su aborrecimiento á mí.

— Anda en estos días muy embargado por múltiples pensamientos, y voy temiendo sea el capital nuestra entrega.

— Precisa convenir en que lo haría, de no amar tanto á Británico, en quien si descubren sus odios á mí, odios acerbos, un hijo de la emperatriz, también descubren sus amistades con Claudio un hijo del emperador.

— ¿Crees que odia tanto como á ti á la única en vuestra familia imperial capaz de sustituirte y reemplazarte?

— Creo que la odia más.

— Dúdolo mucho.

— Pues con pararte un poco á meditar desvaneceríanse tales dudas. Todo esto se halla en el orden más natural de las cosas. Narciso me aborrece á mí sola en sus guerras conmigo, mas quiere con devoción á mi Germánico; en tanto que, al tratarse de Agripina, detéstala completamente á ella, no sólo por ella misma, por su hijo Nerón.

— Pues he ahí una de las causas que debían determinarte á concluir pronto con Claudio: la imprescindible necesidad inmediata de que lo reemplace Británico, pudiendo tú, merced á este natural expediente, asentarle contigo mañana en el trono.

— Me duele mucho acelerar el fin de Claudio.

— ¿Quién aguardas entonces que lo mate?

— Sus muchos enemigos.

— ¿Dónde se hallan esos enemigos?

— En él mismo, dentro de su cuerpo, y son sus años.

— ¿Vas á esperar que le maten los años?

— ¿Qué hacer?

— Atrévete á todo.

— ¿Atreverme á matarlo?

— Sí.

— ¡Horror, Silio!

— Los consejos virtuosos y sabios pueden darse á los inocentes, á los puros, á los virtuosos; aquellos que han caído como nosotros en tantas culpas, no tienen otro remedio sino prescindir del escrúpulo y apelar al atrevimiento. Pasa por tales desfallecimientos el emperador, que adolece de muy desmemoriado hasta en los desquites; pues si precipitado en sus iras, tarda mucho en atender á las insidias y arriesgarse á las obras.

— Silio, yo quiero que ames en mí, no el satisfactorio logro de tus ambiciones políticas; el placer de tus sentidos embriagados y fuera de sí por mi amor, capaz de despertarte un deseo mayor tras otro deseo cumplido, y enardecerte con sus llamas en incendio amoroso inextinguible.

— ¡Mesalina! — exclamó Silio al ver chispear los ojos aquellos, cual si temiera ser devorado y consumido en el incendio que atizaba la especialísima novia.

— Por los dioses, háblame de amores.

— Te hablaré de amores — dijo Silio, escuchando maquinalmente á Mesalina y maquinalmente obedeciéndola.

— Habla.

— Mira, este matrimonio...

— Bien, habla del matrimonio nuestro.

— Este matrimonio nuestro...

— Sigue, sigue.

— Tan criticado por muchos...

— Envidiosos, debías añadir.

— Por muchos cómplices míos en odiar á Claudio...

— Calla, calla.

Y Mesalina le tapó la boca por fuerza poniendo en ella su diminuta mano.

— Muchos cómplices míos, iba diciendo, deseosos de sustituir á Claudio en su lecho nupcial y adoptar á Británico, asegurando así el trono en la familia de los césares contra toda maquinación de la detestable Agripina y de su hijo el nefasto Nerón.

— Me voy á ir sin celebrar nuestras nupcias — dijo Mesalina conminando con esto á Silio

— No te vayas, dulce bien mío, hablaremos de amores.

— ¡Gracias á los dioses!

— ¡Qué horror! — dijo Silio, retrocediendo espantado.

— ¿Qué te pasa?

— No me atrevo á decirte cuanto pasa por mí en este instante.

— Serénate, Silio, serénate.

— Mesalina, ¡qué horror!

El joven patricio parecía, según lo blanco, lo frío, lo sudoroso, lo inerte, parecía hecho un mármol sobre el que hubiese llovido una tormenta.

— Vuelvo á preguntarte: ¿qué pasa?

— Pues he visto á Narciso atravesar frente á nosotros, acompañado de los esbirros que tiene dispuestos habitualmente el César para la perpetración de los asesinatos sugeridos por razones de Estado.

- No creas tal.
- ¡Sí, lo he visto!
- Engaños de tu superstición.
- Así fuera.
- Fantasmas engendradas por un fútil error.
- No lo creas. Hay presagios bien tristes.
- Silio, si desde un principio hubiésemos hablado á una de aquello que nos ha traído aquí, de nuestro amor, no habríamos caído los dos en tantas tristezas, ni hubieras experimentado tú tamañas alucinaciones.
- Todos hablan de presagios muy siniestros y de augurios muy desfavorables al mundo.
- ¿Quién sabe si aquello que desfavorece á los demás no habrá en último término y á la postre de favorecernos á nosotros?
- Un fuego del cielo abrasó varias enseñas pretorianas en los alojamientos militares. Un enjambre de abejas se posó en la cumbre del Capitolio. Nacieron criaturas humanas con dos cabezas... y una lechona parió lechoncillos con uñas y garras.
- Déjate de tales tristezas que no cuadran á estado como el nuestro, estado feliz de completa pasión, pocos minutos antes de nuestros suspiros, cuando el cielo desaparece absorbido en los ojos de nuestro amado, y el aire se reduce á las espiraciones de su pecho, y el mundo á sus brazos, y la vida entera total á su amor, y el deseo á gozarlo hasta rendirse y acabarse para siempre devorados por el enloquecimiento adquirido en estos desvaríos de nuestra exaltadísima pasión.
- ¡Mesalina!
- ¡Silio!
- Sólo voz como la tuya y amor como el mío pueden disipar estas aprensiones
- ¿De veras te hallas contento á pesar de tus ambiciones y de tus terrores?
- Contentísimo.
- Pues siendo así, háblame, Silio, háblame de tu amor
- Parece dura mi cama cuando tú no estás conmigo.
- Y á mí el trono me parece vacío sin ti.
- No puedo soportar en tu ausencia el cobertor de mi sueño.

- Ni yo el manto imperial que viste y envuelve á toda la tierra, cuando pienso que no puede compartir su extensión inmensa contigo.
- Cuando te veo me sonrío todo; cuando te ausentas anochece todo en torno mío.
- Tu frente me place más que mi diadema; tus ojos me iluminan más que el mismo sol.
- Yo quise resistirte.
- ¿Por qué, bien mío?
- Porque amarte me parecía una sentencia de muerte asestada sobre los dos.
- Ya vuelves á tus aprensiones.
- ¡Aprensiones!
- Háblame de amor.
- Diréte cómo han penetrado hasta los adentros de mi corazón y herido sus recónditas telas todos los dardos despedidos por tu mirada, la cual me presta un calor como el que una luz duradera presta en los días de primavera ó estío á la vida universal.
- ¡Con cuál placer oigo esas palabras! Me has vuelto á la infancia. Ha rehecho tu amor encendido mi perdida virginidad. Siento hasta pudor. Te deseo, después de haberte poseído tantos tiempos, cual una doncella que ignorara el amor y se fingiera en su mente mil vivos fantaseos nunca satisfechos ni cumplidos en la fría y triste realidad.
- Pues Mesalina, yo soy tu presa, yo soy tu victoria, yo soy despojo de tu amor, juguete de tus caprichos, esclavo de tus antojos, objeto á tu arbitrio y no persona en mí. Así, tiendo las manos á ti, como el náufrago, á la tabla y como el creyente al dios, pidiéndote me salves y conserves la vida para completamente tributarla sin tasa y sin medida en todo su transcurso y duración á tu voraz amor.
- Silio, me venciste, y venciéndome á mí, tomaste un Imperio todo entero, porque hasta hoy el emperador es mío y del emperador es la Tierra.
- No me recuerdes, Mesalina, que del emperador es la Tierra, no me lo recuerdes, no; pues entonces del emperador son á no dardarlo nuestras vidas también.

— ¿Vuelves, cuitado, á tus aprensiones y á tus manías?

— Calla. Me parece haber visto de nuevo los esbirros.

— No temas á nadie, tú que has vencido á todos y dominado sobre todos. Los venideros te declararán el gran vencedor. Las palomas de Venus concluirán por tirar de tu carro triunfal. El mirto coronará tus sienes. En vez de cautivos cargados con el peso de las cadenas, te acompañarán jóvenes enamorados de uno y otro sexo, cantándote alabanzas y á ti ceñidos con guirnaldas de flores. A tu lado iré yo maniatada, como fué Cleopatra junto á César en sus triunfos indecibles é inenarrables. Seguiránte poco menos que hundidas en el polvo aquellas entidades que venciste, la conciencia, de cuyos avisos jamás quisiste guiarte cual hacen los escrupulosos, y el pudor, á quien sacrificaste con pujanza muy superior á la pujanza de Aquiles. Todas las pasiones, al verte pasar ebrio de vinos y de amores, te llamarán en coros múltiples incontestado vencedor. Las caricias trenzarán coronas para tus enortijados cabellos. Los vicios se inscribirán todos, cual reclutas los nuevos, cual veteranos los viejos, cual soldados tuyos los habituales y corrientes, en las listas de tu ejército y al amor de tus banderas. En vano querremos reposo: el deseo nos impelerá con fuerza, y será imposible resistirnos á nuevos combates ni precavernos de futuros triunfos.

— ¡Cómo recuerdo, Mesalina, en esta conservación de abandono y de olvido nuestras mutuas industrias para entendernos y hablar nos á hurtadillas, sin despertar sospechas y recelos en tu esposo, distraído siempre, y más á la hora de nuestras increíbles temeridades; tu pie inquiriendo bajo la mesa y junto á su silla dónde se hallaba el mío; tus ojos promulgando lo que vedaba el miedo decir á tus enmudecidos labios! ¡Y cómo fruncía yo las cejas diciéndote, al fruncirlas, frases que ahora no se ocurren á la completa libertad de mi albedrío y á la franquísima palabra de mi boca! ¡Cuántas veces mis dedos, tocando en el mármol de la mesa, escribían cartas elocuentes, imposibles de trazar hoy en las tablillas con mi estilo! ¡Cuántas veces, al ofrecer libaciones en compañía de Claudio, que me alargaba su copa, unos sorbos de vino derramados á mis pies decían tanto para ti como la muda vibración de mis labios ó el encendido resplandor de mis miradas!

— ¡Qué gratos recuerdos!

— Pues Mesalina, que tus labios conjuren aunque sean las furias del averno, pidiéndoles su concurso contra tu marido. Yo no puedo tolerar que sus brazos groseros vuelvan á ceñir el cuerpo de la mujer que yo he declarado mi esposa; no puedo tolerar que ocupéis por la noche el mismo tálamo con detrimento de mis privilegios adquiridos por la confarreación sobre tu cuerpo é injuria terriblemente á mi persona y honor; no puedo sufrir que se junten vuestros labios y vuestras manos, siquier esté yo fuera y no lo vea con mis propios ojos.

— Silio, ten paciencia; tenla por Venus, protectora de nuestra cesárea familia, que todo se andará.

— Y aún puedo sufrir menos que seas emperatriz junto á tan alto emperador, y compartáis autoridad, trono, potestades, privilegios, tributos, las prerrogativas de una soberanía cuyos efectos no los toco ni los veo, sino por los rabiosos celos despertados en mi alma, de intensidad tan fuerte cual pueda ser la intensidad terrible de los celos despertados por el hogar, por el lecho, por la mesa, por la cama, comunes entre vosotros dos y en los cuales gozáis mucho mientras yo me abraso.

— ¿Qué deseas de mí, Silio? ¿Qué puedo hacer yo para satisfacer tus deseos y para invalidar tus quejas?

— Pues darme, no solamente la coparticipación, que supone nuestro matrimonio, en tu mesa y en tu lecho, sino la coparticipación indispensable, de puro justa en tu Imperio

— La tendrás.

— ¿La tendré?

— De todas veras.

— ¿Desaparecerá Claudio?

— Desaparecerá Claudio.

— ¿Adoptaré á Germánico?

— Adoptarás á Germánico.

— ¿Podré llamarme César?

— Podrás llamarte César.

— Hasta entonces, hasta ese día, no seré verdaderamente tu marido.

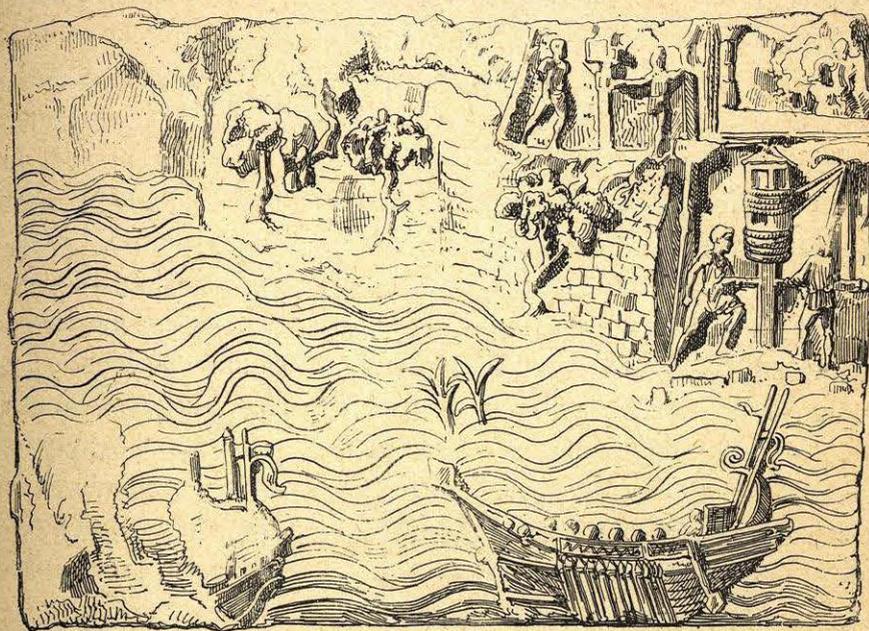
— Pero mañana mismo celebramos nuestra boda.

— Mañana mismo yo, Mesalina, te llevaré á mi lecho matrimonial.

— Y mañana mismo te llevaré yo también, Silio, al Imperio del mundo.

No sabemos cómo Narciso, el vigilante liberto de Claudio, se las compondría para saber toda la conversación entre Mesalina y Silio. Pero es lo cierto que, apenas habían dicho tales cosas, cuando ya pasaron á su conocimiento, cual si tuvieran todos los lugares del Palatino lengua y el mismo fuera oídos todo entero. La ceremonia nupcial, próxima en aquel momento á celebrarse, apareció á la consideración del taimado liberto, cuando no pasaba tal disparate de puro conato, como una voluptuosidad exaltada y atroz de Mesalina, muy semejante á todas las naturales y corrientes en aquella furia de sensualidad y vicio, dado el delirio de sus sentidos y el descarrío de su voluntad y el eclipse total de su conciencia. Por tal razón Narciso, amo en aquellos días del amo de la Tierra, no se curaba cosa de la nueva extravagancia inventada por las fiebres de Mesalina, consejeros y gestores de tanto entuerto y desaguizado como había cometido en su procelosa encrespada vida la neurótica y dementada emperatriz. Temeroso de Agripina, madre de Nerón, mujer á quien juzgaba capaz de todos los vicios y de todas las virtudes que pudieran procurarle aquel Imperio, no por el placer vulgar de poseerlo, creía que su amo en el matrimonio ya largo con Mesalina encontraba la deshonra; pero en el matrimonio, muy posible, de no existir la emperatriz reinante por entonces, en su matrimonio con Agripina, podría encontrar, amén de su deshonra, la esclavitud y aun la muerte. Mesalina suponía la herencia del Imperio vinculada en Germánico, mientras la rival suya, la cruel Agripina, suponía la herencia del Imperio vinculada en su aborrecido Nerón. Detestaba mucho Narciso á las dos madres, en sus afectos de sincera devoción al emperador; pero quería mucho la persona de Germánico y odiaba muchísimo la persona de Nerón. Por tal estado interno de su ánimo tan sólo puede comprenderse y explicarse la paciencia mostrada en estos minutos supremos ante la ceremonia nupcial que traía escandalizado y fuera de sí al pueblo rey. Absorto Claudio en sus estudios jurídicos, en sus sentencias firmes, en la dirección minuciosa de su Imperio, en el arreglo de las gramáticas á cuyos abecedarios añadía letras y más letras sin escrúpulo, en la traída de aguas por acueductos gigantescos, en la desecación

de su lago Fucino por trabajos titánicos, no sabía cuanto á su alrededor pasaba, y siempre hubiera ignorado los desórdenes de la legítima mujer á no decirselos aquellos que privaban en su voluntad, los libertos, por él revestidos completamente de libertad, de algo con mayor precio que la vida, estrecho lazo, en sentir suyo, entre un redentor y sus redimidos, no contando, como no contaba él, con lo



El lago Fucino después de la terminación de las obras emprendidas por Claudio  
(bajo relieve encontrado en el mismo lago)

fácil y corriente de las ingraticudes humanas. Y entre los libertos el más valido suyo, el más privado, el más confidente y amigo, el más consejero y ministro, el más amado, su secretario predilecto, su director espiritual continuo, su pozo de secretos, su oráculo de ideas, era Narciso, en quien competían la inteligencia de los negocios públicos con la lealtad inquebrantable á su amo. Mientras el áulico por excelencia se callase, Claudio lo ignoraría todo. Pasando del tálamo de su cubículo, donde dormía como un leño, al purpúreo cojín de su triclinio, donde comía como un avestruz; y del triclinio á los tribunales, donde proponía y daba sentencias á porrillo; y de los Tribunales al Estado, quiero decir, al ejercicio de su Imperio complicadísimo y difícil por las minucias en que lo enredaba su in-

fatigable celo, Claudio no tenía ni tiempo ni humor ni medios de saber cosa ninguna, fuera de aquellas en que le metía y empeñaba su cargo espinosísimo de romano César y su decidida voluntad por el bien público. Pero al decirle algo Narciso, lo creía; y al aconsejarle algo, lo ejecutaba. Nada se aprecia en los puestos altos tanto como la probada lealtad, por lo mismo que se ven circundados de agudas espinas, compuestas por criminales olvidos del favor aceptado y odios causados por ese mismo favor quizá; que pesa con abrumadora pesadumbre sobre los ánimos bajos y vulgares el noble agradecimiento. La base de tamaña lealtad en Narciso prestaba sólido apoyo y legítima significación á las preferencias por él de Claudio. Narciso quería mucho al emperador; y como todo aquel que quiere de veras, le quitaba obstáculos en su camino, evitándole cuantos sinsabores y disgustos podía. Otro acto de verdadera demencia en Mesalina no le parecía novedad; cuando se marchaba de hurtadillas á los burdeles en seguimiento del amor pasajero y pagado; se metía entre las bacantes á emborracharse y perderse con los gayones, y descendía, insaciable, de vez en cuando á las ergástulas para ver si la cansaban del placer los robustos gladiadores de Dacia ó de Germania. La increíble deshonestidad aparejada entonces, no podía con su exceso viciosísimo añadir ningún exceso más á la excesiva infamia. Los mismos que presenciaban aquel acto no debían creer á sus ojos. Temeridad semejante contra todas las leyes humanas ¡ah! no es entre los humanos creíble. Así, los contemporáneos del hecho y los al hecho vecinos, cuando lo narran ó historian, excúsanse de la narración, al miedo de que los tenga el sentir común por embusteros y capaces de idear fábulas tan inverosímiles y absurdas. Allí en Roma, donde un pueblo divertido y alimentado por el Imperio se holgaba con la triste murmuración, apenas interrumpida, en su necesidad imprescindible de pasto y alimentos al vicio de su lengua, no se disimulaba cosa ninguna, sabiéndose siempre lo malo con exageración y aumentándolo con encarnizamiento. Para mayor gravedad y tristeza del caso aquel, Silio estaba designado cónsul, y merecía, como todos cuantos aceptan ó alcanzan tales puestos, el honor de acerbas y continuas críticas. ¡Cuál trastornada no andaría su cabeza cuando, sin pararse ante las consideraciones humanas y divinas á todos impuestas por có-

digos, tanto más obligatorios cuanto menos escritos, prescindió en absoluto de las leyes patrias y de la religión establecida para entrar en ajenos lares ocupados por un príncipe, llamar testigos legales de su propia demencia y su deshonra, congregar los auspices, ofrecer los sacrificios, queriendo que los mismos heridos y agraviados por su crimen lo celebraran y el cielo se asociase á su perpetración cual si hubieran huído á una de todas partes los dioses y los hombres! Mas no llenaran de horror todos estos hechos al árbitro de la cesárea casa, no, de haber quedado reducidos á una de tantas locuras eróticas cual afeaban el cuerpo y el alma de Mesalina, si á ellos no hubiera unido la temeridad increíble de Silio una maquinación arbitraria é inverosímil, conducente á presentar su matrimonio con Mesalina y su adopción de Británico como título y medio de ascender á la suprema gobernación y al sumo Imperio. El recelo á la mudanza inmediata predominó en el privado sobre su recelo á la mudanza mayor. Por miedo al poder de Agripina discurrió Narciso ensordecer á secretas murmuraciones y perdonar imperdonables adulterios; pero puestos al descubierto amores y ambiciones de consuno, la horrible atrocidad del delito daba de suyo al silencio y al olvido aires de complicidades reflexivas con su aparejamiento y con su perpetración. Así, no quedaba ningún otro medio de conjurar los daños sobre la cabeza del favorito en aquella sazón aglomerados, que notificar el hecho á Claudio y atenerse á las consecuencias de tal arriesgada notificación. La emperatriz no había perdido la cabeza en sus voluptuosidades múltiples de tal modo que abandonara el dominio de su monarca y marido Claudio, así á las competencias opuestas por Agripina como á las competencias opuestas por Narciso: luchaba, y luchaba con ahinco, logrando ver á sus pies los cadáveres de cien implacables enemigos. Precisaba en tal trance y apuro proceder de suerte que cayera el castigo como un rayo sobre Mesalina, en cuanto su marido la supiese culpada. Hubo quien quiso mover al poderoso liberto para que hablara en secreto con la ciega criminal y disuadiese un ánimo tan móvil como el suyo de un crimen tan horrible como su nuevo matrimonio, con atroces amenazas. Pero Narciso no escuchó el consejo ni puso por obra tal medio, en su motivado recelo de que la grande autoridad gran-